

# Sentido y Sensibilidad, Servicio Comunitario y “Dido y Eneas”

LIC. CARLOS ARTURO HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Cuando era niño quería ser científico. Pero no cualquier científico: quería ser el mejor científico. Y estaba convencido de que para eso tenía que ser capaz de inventar un robot que fuera al menos tan inteligente como un humano. Me obsesionaba la idea de *diseñar* un cerebro. Desde entonces dos cosas me interesan sobremanera: la medicina y la mente. Era obvio, pues, que terminara siendo músico.

¿Qué? ¿Obvio? Sí, obvio. No fui perezoso en mi estudio de la mente, y cuando uno se plantea seriamente la idea de crear algo inteligente, la conclusión parece ser que la mente está en el cerebro<sup>1</sup>, pero el cerebro es cuerpo (es parte de él, está hecho de carne, respira, necesita sangre), y por lo tanto, la mente es cuerpo. Y esto es un gran problema, porque el cuerpo envejece, pierde fuerzas, y muere. Aquí es donde entra la medicina como estudio de la biología. Pero la biología es, de alguna manera, química aplicada, y la química trae consigo un término central: **entropía**, la tendencia de la materia a reaccionar solamente en la dirección espontánea (y no en el otro sentido), y por otro lado, la tendencia al equilibrio. La entropía es, de alguna manera, aquello que nos permite percibir el tiempo. Ahora bien, ¿la música no es acaso tiempo? ¿No es la música la encarnación más simple del tiempo? Y ese cuerpo del tiempo que es la música, ¿no requiere de nuestra memoria para apreciarlo? ¿No necesitamos recordar los gestos y la relación entre los materiales? ¿No es la música un mapa de los razonamientos del compositor, de un pedazo de su mente? La música se parece tanto a la mente-que-es-cuerpo que no podía hacer otra cosa más que atraerme.

Por otro lado, mi interés por la medicina eventualmente me llevó a realizar mi servicio social del bachillerato en un hospital. Ahí pude ver, una vez, a un niño moribundo a causa del cáncer. El niño no



comprendía que iba a morir. Lo que él comprendía era que, eventualmente, ya no vería jamás a su madre. Y él sólo pensaba en jugar con su madre y abrazarla, como si ella pudiera salvarlo. Cuando el niño muera, todo habrá terminado para él, porque su mente morirá con su cuerpo. Pero, ¿y la madre? Esa mujer demacrada, triste, que tuvo que ver marchitarse y morir a su propio hijo, ¿qué hará la medicina por ella? Nada. Mi inclinación por la medicina había sido defraudada. ¿Y la música? Quizá la música podría hacer mucho por ella; por su mente.

La relación cuerpo/mente ha hecho que me interese particularmente por los procesos de alteración y descomposición (entropía) de la mente, puesto que sólo éstos implican la muerte del sujeto. ¿Por qué es interesante esto? Porque la muerte del sujeto (de la mente) se puede dar y se puede ver y estudiar sin que el cuerpo muera. Aquí entra la enfermedad de Huntington.

La enfermedad de Huntington es una enfermedad degenerativa, crónica, y discapacitante, que hace que los que la padecen

<sup>1</sup> Piense el lector que, si se le amputara una pierna o un brazo, aunque su psique se vería afectada, habría una continuidad de su Mente, sus recuerdos y capacidad cognitiva; pero eso no sería posible si se le amputara el cerebro.

pierdan sus capacidades motrices (incluida el habla y, en la última etapa, la respiración o la capacidad cardiaca), y también sus capacidades cognitivas (incapacidad para aprender cosas nuevas), hasta llegar a la demencia<sup>2</sup>, y eventualmente la muerte.

Como muchos de mis colegas músicos, me dedico a la enseñanza. En la localidad donde vivo tenía una escuela de música, y fue a través de la escuela que la Asociación Mexicana de la Enfermedad de Huntington (AMEH<sup>3</sup>) me contactó, buscando a alguien interesado en realizar su servicio social con ellos. Como la FAMUS de la U.A.N.L. exige a todos los pasantes cumplir con un Servicio Comunitario<sup>4</sup>, y viendo que la institución me ofrecía una experiencia de aprendizaje muy interesante, yo mismo acepté la oferta, y me volví terapeuta en la AMEH.

Mi experiencia fue muy bella en el sentido de la belleza según Rilke: algo terrible que todavía podía soportar. Veía, por un lado, la alegría de mis alumnos/pacientes a la hora de su terapia de música. Pero también podría contemplar su tristeza al comprender que ya no podían coordinar movimientos simples; que su mente entendía pero su cuerpo no respondía; e incluso, que de una clase a otra habían perdido una habilidad, y ya no

podrían dominarla de nuevo, jamás. Veía cómo ellos, como sujetos, se iban “disolviendo en el Universo”<sup>5</sup>. Es decir, podía contemplar, aunque de manera muy, muy lenta, la muerte del sujeto. Y aquí entra la ópera “Dido y Eneas” de Purcell<sup>6</sup>.

Como dije antes, solía tener una escuela de música en la comunidad donde vivo. Como parte de los proyectos de nuestra escuela, mi esposa y yo decidimos organizar una “ópera comunitaria”: invitamos a todos los interesados a que vinieran y recibieran un entrenamiento muy básico para poder montar una obra sencilla, hecha a la medida

de los participantes, cuyo tema sería el Día de Muertos. Para elaborar una ópera sencilla que fuera bella (y no sosa), decidí estudiar una obra con las mismas características, y la opción más obvia era el “Dido y Eneas” de Purcell<sup>7</sup>. El momento principal de esta ópera se da en la última aria de Dido, “When I am laid in Earth”.

Nunca entendí de dónde obtiene esta pieza su poder emotivo, pero cada vez que la escucho, invariablemente brotan lágrimas de mis ojos.

Como compositor puedo entender de modo razonado por qué es tan emotiva esta aria: el

<sup>2</sup> “Dementia is a syndrome in which there is deterioration in memory, thinking, behaviour and the ability to perform everyday activities” según la Organización Mundial de la Salud (WHO); <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs362>.

<sup>3</sup> La asociación vive de donaciones y ayuda de personas solidarias que desean mejorar la calidad de vida de los enfermos de Huntington. Si usted está interesado en los servicios que la asociación brinda, o desea apoyar con su causa, puede contactarse con ellos a través de su página: <http://www.huntingtonmexico.org/index.php>

<sup>4</sup> Los trámites, procesos, acuerdos y demás respecto a si la FAMUS puede aceptar una labor como ésta como un Servicio Comunitario oficial, en regla, y/o válido, no son relevantes para este escrito.

<sup>5</sup> Rilke, “Elegías de Duino”. (Ed.2010). Segunda elegía.

<sup>6</sup> Pido al lector que disculpe lo esquizofrénico (o disperso) de mi escrito. Prometo que al final todos los elementos se relacionan de modo coherente.

<sup>7</sup> ¿Por qué no “Bastían y Bastiana” de Mozart? Por la dinámica dramática, más o menos deficiente en el libreto que Mozart tuvo que utilizar.

la tónica hasta la dominante, una figuración llamada "el tema de la lágrima", debido a su uso en piezas de carácter melancólico durante el Renacimiento (principalmente en Gesualdo y Dowland). Ahora bien, dentro de la arquitectura de la ópera, la pieza está justo antes de "cerrar" la obra, pero la deja en suspenso. Armónicamente, la ópera gira en torno a la tonalidad de C menor: casi todo el primer acto está en C, primero en modo menor, y conforme el amor de Dido y Eneas se establece, la tonalidad se torna en modo mayor, al final del acto. La arquitectura tonal se va dando por resoluciones del círculo de quintas: el segundo acto gira en torno a F menor (es decir, el C mayor al final del primer acto cae, "resolviendo", a F), subdominante de la tonalidad original, suspensión sobre la tónica, que introduce gran tensión sin resolución (lo que tiene sentido, porque en este acto, las brujas enemigas de Dido llevan a cabo su plan para arruinarla, y lo logran). El devenir armónico del segundo acto va de F menor (las brujas planeando su venganza, enojadas), a Bb mayor, pasando por F mayor. Es decir, de nuevo, la tonalidad menor se torna en mayor, y funciona como una dominante de la nueva tonalidad a la que resuelve. Justamente, cuando llegamos a F mayor y a Bb mayor, las brujas han logrado su cometido, engañando a Eneas para que deje a Dido (y así causar su ruina).

El tercer acto gira sobre G menor (tonalidad de la ruina de Dido), relativa menor de Bb mayor (tonalidad de la victoria de las brujas), y Dominante de la tonalidad original de la obra, C menor. La obra termina en tensión: nunca se resuelve a la tónica original; el público queda en suspenso ante la muerte de Dido. En relación al texto y a la forma del aria, la pieza se construye sobre la repetición obsesiva del loco: el tema de la lágrima se repite incesantemente, mientras la cuerda hace un crescendo perpetuo, sólo para morir después en el silencio, mientras Dido repite una y otra vez las palabras "*Remember me!*". Y esto último es muy importante: no sólo por el carácter obsesivo de la pieza, sino porque, melódicamente, éstas palabras se repiten sobre el quinto grado de G menor: la nota D, un precario equilibrio que debe resolver; que es al mismo tiempo consonante pero no-tan-consonante; una tensión extraña porque no debería serlo; un dolor placentero<sup>8</sup>.



Pero ¿y esto qué sentido tiene? ¿No son éstas las herramientas que utilizó Purcell para representar algo? Nuestro sentir no deviene del uso de la herramienta. ¿Qué es ese algo que resuena tan fuerte en nosotros? Ese algo es un paradigma fundamental de nuestra cultura, que se remonta al inicio de "lo occidental" con el Aquiles de Homero, y que descubrí en mi servicio comunitario a través de un paciente con Huntington.

En una de mis sesiones de terapia después de un periodo breve de vacaciones, les pregunté a mis alumnos/pacientes sobre sus días libres y qué habían hecho. Uno de ellos me contó sobre su hijo. Me lo contó todo sobre su hijo. Por curiosidad, decidí preguntarle sobre él mismo, sobre su vida; y también me lo contó todo. Al salir de la clase, le comenté a una de las recepcionistas de la AMEH sobre lo que el paciente me había contado. Todo había sido mentira, excepto lo relacionado a su hijo. De hecho, el paciente no hace mucho: duerme todo el día; no le gusta convivir mucho con los otros pacientes; tiene muchísimos problemas para hablar (y casi no se entiende lo que dice); no puede controlar sus movimientos; y no recuerda mucho. Pero recuerda todo sobre su hijo, que se ha convertido en su héroe. Éste hombre, al borde de la demencia, ya en una etapa avanzada de una enfermedad que lo aniquilará como sujeto, ha hecho todo por superar una condición de su cuerpo que destruye a su mente, y ha decidido recordar sólo a su hijo. ¿Por qué? ¿No es eso el amor verdadero? ¿Amamos nosotros así a alguien? ¿Amamos tan intensamente que incluso cuando hemos perdido todo y ya no somos nosotros mismos, aun así seguimos amando, porque eso es

<sup>8</sup> Y este recurso de la melodía sobre el quinto grado repetido obsesivamente también lo vemos en Mozart, Beethoven, Mendelssohn, y en general, en las piezas con el mismo carácter.

lo único que queda de nosotros? ¿Y por qué esto nos conmueve tanto? ¿Por qué es importante para él? Estas preguntas me hicieron entender la última aria de Dido: ¿qué importa si vivimos o morimos, si somos olvidados? ¿No son medidas las personas en virtud de qué tanto se les recuerda cuando han muerto? ¿Y no guía éste precepto nuestras acciones, grandes o pequeñas? Dido rechazó su vitalidad (*bios*) para convertirse en recuerdo, memoria para alguien (*logos*). Mi paciente concentra toda su vitalidad (*bios*) para conservar su recuerdo, un poco de sí mismo (como *logos*). El equilibrio y congruencia entre *bios* y *logos* es el precepto sobre el que gira la filosofía de Sócrates, y a partir de ahí, de la filosofía occidental<sup>9</sup>. El sacrificio del Sujeto convierte a la *bios* en *logos*, volviendo al Sujeto un ser excepcional, y de ahí surge nuestra fascinación, a pesar de que no se logra una armonía entre ambos términos, sino que se renuncia a la vitalidad para convertirla en recuerdo. Pero, ¿de dónde surge este paradigma? ¿Por qué es tan profundo que resuena en todos nosotros? Me parece que tiene su origen en Aquiles, el héroe griego de “La Ilíada” de Homero.

Aquiles sabe que puede tener una vida larga y tranquila como cualquier otra persona destinada al olvido, o puede morir en Troya, cubierto de gloria, inmortalizado por su valor. Sin dudarlo, Aquiles prefiere su vitalidad. Tanto así que en algún momento se disfraza de mujer para no ser reclutado en el ejército de los aqueos que van a la guerra. Y a pesar de ser aquel que “descuella de entre los aqueos por su fuerza y su valor”, se enoja con Agamenón por una ofensa quizá no tan grave, para evitar la batalla. Incluso si la ofensa fuera terrible, a pesar de ofrecerle una indemnización que sobrepasa por mucho lo que se le quitó en un principio, Aquiles rechaza la oferta, y prefiere quedarse en su tienda, sin pelear. Y nada lo convence de unirse a la lucha; ni siquiera cuando los teucros ya están sobre las naves aqueas, a punto de incendiarlas. Porque Aquiles sabe que va a morir, y prefiere ser vitalidad que ser recuerdo. Ningún héroe (y ningún hombre) antes de él tuvo que tomar esa decisión: los héroes hacían sus

trabajos simplemente para lograr ciertos fines, y la fama postrera no era del todo importante para ellos. Tanto así que podían llevar a cabo tanto acciones admirables como reprobables (desde dejar desamparada a la amada en una isla, a su suerte, a pesar de que ella fuera la clave de su éxito, hasta desafiar a los dioses y pedir un lugar entre ellos en el Olimpo). Los héroes simplemente vivían; eran vitalidad desbordante. Aquiles debe decidir, por primera vez para la humanidad, entre *bios* y *logos*; y prefiere no tomar ninguna decisión. Sólo la ira que le causa la muerte de Patroclo lo inspira a luchar, a pesar de saber que morirá. Es decir, sólo el Amor que siente por alguien (*amor verdadero*, como el de mi paciente hacia su hijo) lo inspira a renunciar a su vitalidad a favor del *logos*.

Esto no es trivial: Aquiles, como Sigfried o Jesús, es el último hijo de un dios y un humano dentro de su cultura, y por lo tanto, es el último héroe “divinal” de la tradición griega. Su muerte marca el fin de una era y el inicio de otra; a saber: el final del gobierno *directo* de los dioses sobre los hombres y el inicio de la libertad humana. A partir de su muerte, los hombres están listos para ser libres; pero están solos. Aquiles es, al mismo tiempo, el último gran héroe, y el primer gran Hombre, sujeto al drama de lo verdaderamente humano: la conciencia de la muerte como inevitable en la *bios*, pero que se puede trascender en el *logos*. Y su decisión será el paradigma en el que se basarán todos los hombres que le sigan; en este caso, el rechazo de la vitalidad heroica a favor del recuerdo como anhelo fundamental de la humanidad, que se cumple usualmente convirtiendo a la *bios* en *logos*. Así sucede justo después de Troya con Ajax, que no puede soportar la vergüenza y prefiere la muerte, y lo mismo con Dido, que prefiere morir que vivir sin amor (a pesar de ser poderosa y hermosa). El Hombre pasa a ser un agente cultural: su anhelo no es ejercer su vida, sino trascender en su Cultura, y esa será la aspiración de todo hombre y mujer verdaderamente libres. (Y quizá, como con Aquiles, esa libertad sólo adquiere sentido al poder rechazar la vitalidad a causa del amor verdadero).

<sup>9</sup> “[...] una y otra vez, en lo tocante a la *ascesis* socrática, a la *parresía* y a la forma de vida propuesta por los cínicos (*bíos kynikòs*), veremos cómo, en última instancia, el quehacer filosófico se manifiesta como un esfuerzo (*ponòs*) continuado, como una batalla de largo aliento por lograr una perfecta armonía entre *bíos* y *logos*, entre *érga* y *lógoi*”. Toribio Gutiérrez, María Fernanda. “Sócrates *Mainómenos*”. (2013). Facultad de Filosofía, Universidad Veracruzana.

Por eso nos conmueven estas historias. Estamos programados culturalmente para anhelar vivirlas, y su realización es un hito. Lo único que pedimos es ser recordados; y somos capaces de todo para lograrlo<sup>10</sup>.

Entonces, recapitulando: un paciente de Huntington me hizo entender la profundidad de una obra de arte (encarnación no sólo de la mente del compositor y libretista, sino también de un paradigma fundamental para la humanidad; obra de música que consuela a la Mente no sólo deleitándola, sino recordándole su destino: la inmortalidad inspirada por el amor); esto a su vez, por su temática tan cercana a Troya, me hizo entender las acciones y un poco de la psique de Aquiles, personaje fundamental de nuestra cultura occidental (también representado en una obra de arte); y de ahí, pude entender un poco más lo que es ser Humano (al menos, dentro del paradigma Occidental, y en relación a la pregunta “¿por qué hacemos lo que hacemos?”); y esto me ayudó a entenderme un poco mejor a mí mismo (mi fascinación por la mente y su relación con el Sujeto; y quizá, la fascinación de la humanidad por aquello que solemos llamar “alma”); me ayudó a vivir más plenamente, al menos a través del arte, y a entender mejor no sólo mi cultura, sino a las personas que me rodean. Crecí. Creo, además, que crecí mucho. Y este entendimiento (de mí, del arte, de lo occidental, de lo humano), por pequeño que sea, me ha acercado más a la plenitud y a la felicidad. Y muy probablemente jamás habría entendido nada de esto sin mi Servicio Comunitario. He ahí la importancia de este programa: volvernos más humanos, de verdad.

Y quizá, ahora que entiendo mejor qué es lo *humano*, me haya acercado un poco más a la creación de una Mente artificial.

Quisiera agregar sólo unas cuantas sugerencias sobre la elección del servicio comunitario:

1. Debe ser útil, no servil: no busques “servir” a alguien, sino más bien ser de utilidad.
2. Debe ser útil, sobre todo, para ti: es útil en tanto que te ayude a entender mejor la condición humana en carne propia.
3. Debe ser interesante: no todos los servicios disponibles lo son. Busca uno que realmente pueda llamarte la atención; tanto así que estés dispuesto a dedicarle seis horas a la semana como mínimo, todas las semanas.
4. Busca la humanidad en el servicio: usualmente huimos de lo humano porque es fuerte; pero eso sólo ha causado que como sociedad seamos apáticos, o simplemente, que vivamos en “modo zombie” (no importa cuánto quieras negarlo, querido lector, usualmente estamos anestesiados para todo, y uno puede leer “antígona” sin sentir ningún tipo de emoción, o escuchar música fuerte y que daña los oídos y quedarse dormido). El servicio debe servir para encontrar la humanidad del que lleva a cabo el servicio: despertar su compasión y sensibilidad.



<sup>10</sup> Dicho de forma muy burda: las personas aspiramos a volvernos “memes”. Pero no los “memes” que solemos ver en redes sociales, sino aquellos a los que se refiere Dawkins: unidades de transferencia de información *cultural*, que sobreviven al proceso de selección natural de la cultura. Buscamos la inmortalidad del artista, del atleta, del filósofo, de las personas que nos inspiran.